

coadyuvar á las obras de los educadores naturales, y á vigilar y proteger el gobierno y buena dirección de la familia... La familia no es hechura ó creación de la sociedad civil; y la potestad paterna no es una concesión de la ley humana: las relaciones y deberes que existen entre padres é hijos son anteriores y superiores á toda humana agregación. El hombre nace sociable; mas perteneciendo primero á la sociedad doméstica y religiosa, no viene al comercio civil sino por la familia, ya preparado por el magisterio de la Religión y bajo la guía de la autoridad paterna. „

SEGUNDA PARTE

DEL SISTEMA ANTIGUO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS CONSIDERADOS COMO
MEDIO PARA DESARROLLAR LAS FACULTADES DEL
ALUMNO.

§ I

EN la primera parte hemos demostrado, con abundante copia de razones y autoridades, que el sistema moderno de enseñanza, lejos de contribuir al progreso de los estudios, es por el contrario causa muy principal de su decadencia, y en vez de ayudar

á la formación moral del alumno la descuida lastimosamente. Tócanos ahora juzgar el antiguo sistema y vindicarlo de las principales acusaciones que contra él dirigen muchos de quienes no sería temerario afirmar que nunca se han tomado la molestia de estudiarlo á fondo antes de emitir su juicio. Tal es el objeto que nos proponemos en esta segunda parte, cuyo asunto reviste especial interés en esta República, pues no sabemos que hasta ahora haya sido tratado por nuestros escritores con la detención que tan importante materia reclama.

Describimos ya al principio de este trabajo los principales caracteres del sistema antiguo; ahora nos basta recordar que, según él, la enseñanza hoy llamada secundaria se debe considerar dividida en dos períodos, literario el uno, y el otro filosófico. El período literario comprende el estudio serio y profundo de las lenguas y literaturas clásicas como materia fundamental, y permite en calidad de asignaturas accesorias las que tengan relación con las bellas letras y ayuden á la formación del buen gusto: el período filosófico abarca el estudio macizo y completo de la filosofía y de las ciencias exactas y físicas, á las cuales concede más importancia de la que vulgarmente se le atribuye. De ambos períodos trataremos, aunque con preferencia del primero, porque los detractores

del sistema antiguo contra él principalmente asestan los tiros de su crítica.

Hicimos notar anteriormente cómo uno de los defectos capitales que más resaltan en los modernos sistemas consiste en no preparar las facultades del alumno para que puedan recibir toda la instrucción de que son capaces; y creemos haber demostrado que esta preparación debe constituir el fin directo y principal que en el período de la segunda enseñanza ha de proponerse el sabio educador, si quiere desempeñar cumplidamente su delicado cargo. Toda la dificultad de esta cuestión consiste ahora en determinar qué género de estudios es más á propósito para obtener este fin; pues de un error cualquiera en este asunto resultará á la buena educación de la juventud un daño irremediable. Porque de la misma manera que para obtener el crecimiento del cuerpo infantil, la pródiga naturaleza ha preparado en los pechos de la madre un suave alimento, tan propio para aquella tierna edad que otro le sería nocivo, así también, para el desarrollo de las facultades del alma, es preciso que exista un ejercicio que sea como la leche del espíritu en su infancia. Este ejercicio no es otro que el estudio de las lenguas y literaturas antiguas, que en todos tiempos han sido consideradas como el medio más adecuado para desarrollar y perfeccionar

las facultades del niño, por más que últimamente en la opinión de algunos hayan decaído de este altísimo concepto. Al dilucidar este asunto eminentemente práctico, y como tal muy expuesto á ilusiones, nos parece que debe resolverse atendiendo principalmente al fallo de la experiencia universal y constante, y á la autoridad de los hombres más competentes para juzgarlo; si bien no faltarán razones especulativas que apoyen y confirmen la solución obtenida mediante el primer criterio.

Propuesta la cuestión como acabamos de hacerlo, queda ya de suyo resuelta. Efectivamente, por espacio de dos mil años sólo un método se ha reconocido apto en todo el mundo civilizado para la recta formación del ánimo juvenil; y este método ha sido el estudio de las lenguas y literaturas griega y latina. Por este camino iniciaron su brillante carrera todos esos prodigios de saber que han asombrado al mundo en los pasados siglos, y aun los que en el presente más se han distinguido, no en un ramo especial de las ciencias, sino por su cultura general, por la elevación y solidez de sus conocimientos, por la firmeza de sus principios, claridad de sus conceptos y lógica de sus discursos.

Mas no sólo en las edades pasadas fué universalmente reconocido este medio como único

á propósito para el fin de disponer convenientemente las facultades del joven, pues también en nuestros tiempos son muchos los hombres de indisputable mérito y maduro juicio que sostienen la misma opinión. En un artículo crítico reimpresso al frente de la traducción de los *Poetas bucólicos griegos*, hecha por el insigne Obispo mejicano D. Ignacio Montes de Oca, el eminente literato colombiano M. A. Caro, bien conocido en la república de las letras por sus bellísimas traducciones de Virgilio, después de afirmar, como nosotros, que "la atenta y prolija lectura de los grandes escritores de la antigüedad es el metodo más seguro para educar las facultades mentales,, hace suyo el parecer del sabio Cardenal Newman, cuyos son los siguientes conceptos: "Los clásicos, los asuntos que ofrecen al ejercicio del pensamiento y los estudios á que sirven de base, fueron siempre el instrumento de educación adoptado para difundir la cultura de la juventud...,, "La cuestión que se trata de elucidar, añade el mismo Cardenal, consiste sólo en saber cuál es el mejor medio para fortificar, pulir y enriquecer las facultades intelectuales. Que con el estudio de los poetas, historiadores y filósofos de Grecia y Roma se llena cumplidamente este objeto, lo demuestra una larga experiencia; que otro tanto puede conseguirse con el estudio de las cien-

cias experimentales, es cosa, por lo menos, que prácticamente no ha llegado á comprobarse.”

Pero quien ha tratado magistralmente este asunto es el elocuentísimo y sabio orador belga Francisco Schollaert; y no queremos defraudar á nuestros lectores del gusto con que saborearán algunos fragmentos del *Discurso sobre los estudios clásicos*, pronunciado en el Parlamento de su país el 17 y 18 de Octubre de 1869. Propone primero el argumento que contra los estudios clásicos hacen los partidarios del utilitarismo en la enseñanza. “El padre de familia, dice, sueña por lo común en adquirir para sus hijos una fortuna con la mayor rapidez y con el menor trabajo posible. ¿Para qué ha de estudiar su hijo las lenguas, las literaturas antiguas? ¿Inventaron jamás la elocuencia y la poesía un solo instrumento mecánico? ¿Analizaron una sustancia? ¿Organizaron una casa de banca de comercio...? Por otra parte, ¿no será ridículo atiborrar de griego y de latín á este amado niño, tan delicado y tierno? ¡Oh, si se le pudiera libertar de todo trabajo y aun de todo deber! Los asiduos estudios matan como la guerra. ¡El no será jamás sabio ni soldado! Además hace ya mucho tiempo que los habitantes de la *Via Appia* han dejado de hablar la lengua de Horacio, y los sofistas de Pynx la de Sócrates ó Lipsias. Si es absolutamente preciso que los

jóvenes sepan un idioma extranjero, aprendan en buen hora el alemán, el inglés, el italiano, en una palabra, idioma que se comprenda en el *Exchange* de Londres ó en la Bolsa de Berlín. ¡Pero en cuanto á lenguas muertas es absurdo!.”

Expuesta de este modo la dificultad que los cálculos del interés oponen al progreso de los buenos estudios, el ilustre diputado por Lovaina responde victoriosamente: “Es preciso prodigar la cultura intelectual, no una cultura *modernizada*, acomodada á las teorías modernas, sino una cultura conforme á los métodos consagrados por el tiempo y el éxito. Cuando todos los países de Europa, en asunto que á todos interesa igualmente resolver con desinterés, guiados por el fin único de descubrir la verdad, han practicado fructuosamente el mismo sistema durante muchos siglos, es preciso no tocar á esta práctica sino con la más respetuosa circunspección.” Y luego explica discretamente cuál sea el verdadero fin de la segunda enseñanza, y cuáles sean los medios más adecuados para conseguir este fin. Sus palabras son demasiado preciosas para que nos resolvamos á pasarlas por alto; helas aquí: “Cuando un joven se presenta en nuestros colegios, su educación suscita dos problemas. Posee, pero solamente en germen, las facultades morales é

intelectuales, glorioso privilegio de su especie. Tiene entendimiento, pero virgen, vacío, donde es preciso introducir insensiblemente los conocimientos necesarios para su profesión. Este joven debe ser formado desde luego, instruído en seguida. ¿Cómo se le formará? ¿Por qué procedimiento se desenvolverá su inteligencia? ¿Cuál es el instrumento más propio para educar, desarrollar y fecundizar su espíritu para hacer de éste un agente robusto, un instrumento sólido y perfecto? Ya lo veis, señores, yo no pregunto cómo ha de ser instruído el joven, es decir, de qué manera se han de hacer penetrar en su inteligencia los conocimientos profesionales de que necesitará en el curso de su vida. No, esto vendrá después. Es preciso formarle antes... Cuando se piensa en el fin que hay que llenar, ¿cómo no comprender que el mejor medio es la educación literaria, que ejercita á la vez de manera tan armoniosa todas las facultades? ¿Y cómo no reconocer además la superioridad de las lenguas antiguas como instrumento de esta educación? Para convencernos de que el ejercicio literario constituye la mejor gimnástica, observad lo que hace un joven á quien se encarga que descifre cualquier pasaje de un autor. Enriquece su memoria con palabras nuevas. Por el análisis gramatical descubre poco á poco los secretos de la sintaxis; por el análisis

lógico, asiste al génesis del pensamiento. ¿Es esto todo? ¡No! El joven juzga, compara, raciocina. Por corto que sea el esmero de un maestro hábil, su gusto se forma, y adivina lo que es el estilo; su oído se habitúa á la cadencia y comprende el número. Los ingenios más privilegiados le ofrecen las más atractivas imágenes, las más nobles sentencias y los ejemplos de la más alta virilidad. Entonces la imaginación despierta, la voluntad se inclina, se forma el carácter. El corazón se educa á medida que la inteligencia se ilumina. Ni una facultad permanece en el olvido. El espíritu se manifiesta en todas sus formas. Y cuando suena, en fin, la hora de abandonar el colegio, encuéntranle convertido en hombre, *con pocos conocimientos prácticos acaso, pero capaz de aprenderlo todo*; es hombre que ama el buen estilo, la grande poesía, la grande elocuencia, todo lo que es noble, brillante y bello. „ Hasta aquí el insigne orador belga.

Esta convicción y esta práctica tienen echadas tan hondas raíces, que cien años de tenaz y perseverante guerra no han podido derribarlas; y aun actualmente observamos la misma costumbre en todas las naciones cultas, á pesar de que muchos de los que la ordenan, y á veces también de los que enseñan, la tienen por un proceder inútil y sin razón de ser, calificándolo

de rutina; mas ciertamente, admitido el hecho, no bastarían para explicarlo todas las rutinas que sigue la humanidad, si en el fondo de esta práctica no hubiese un principio razonable. Ni sería decoroso creer que los impugnadores de esta práctica universal se imaginen que ellos solos han logrado ver claro en esta cuestión; y que la numerosa serie de hombres que han pensado y piensan de otro modo, sea una reata de miopes ó ilusos que han aceptado como verdad inconcusa el error más craso. No. Esta especie de culto que todos los siglos han consagrado á los estudios clásicos; la elección que de ellos se ha hecho para presidir y promover el desenvolvimiento intelectual y la formación de las nuevas generaciones; el nombre mismo de *Litteræ humaniores*, esto es, *letras humanas*, ó con más propiedad, *eminentemente humanas*, que les atribuye el privilegio de completar y perfeccionar al hombre, todo revela la alta estima que han merecido siempre estos estudios, la cual descansa sobre un fundamento muy razonable, como vamos á demostrarlo.

§ II

Si analizamos con detención la naturaleza de los estudios clásicos, nos convenceremos de que en ellos se encuentra el medio más acomodado para cultivar á un tiempo y metódicamente, tal como se van desarrollando en el niño, las diversas facultades del ánimo, lo que constituye el fin del primer período de la segunda enseñanza.

Pues, en efecto, tales estudios son á la vez escuela ó ejercicio de las facultades cognoscitivas y de las afectivas. Son primeramente escuela de las facultades cognoscitivas, porque el entendimiento del niño halla aquí un ejercicio apropiado al estado de debilidad en que todavía se encuentra. En los estudios de Gramática, el análisis y construcción de las frases le hace formar ideas claras del papel que desempeña cada una de las palabras en la oración ó período; la composición crea en él el hábito de poner orden en sus obras y el de reflexionar para acomodarse á las reglas; y en estas clases, y mucho más en las superiores, la explanación hecha por el profesor le enseña á seguir el hilo de un discurso, á apreciar el valor de una idea y re-

conocer la perfección con que está presentada en el autor clásico: ejercicio, que, completado por el de la composición y por la corrección que de ella hace el maestro, desarrolla por sus grados la inteligencia de la manera más acomodada á la tierna naturaleza del niño. Si el alumno tiene aquella fantasía viva, rica, dotada de la fuerza creadora que es propia de los artistas, el estudio de las obras maestras de los clásicos sirve para limarla, dirigirla y reprimir sus excesos; y al mismo tiempo hace sentir al estudiante que todas las facultades, y más que ninguna otra la imaginación, si han de acertar en sus operaciones y no producir obras monstruosas, deben sujetarse á las leyes; y contemplando los ejemplares perfectísimos de belleza que tiene á la vista aprende prácticamente cuáles son esas leyes y cómo ha de aplicarlas. En los que no tienen fantasía tan viva, el contacto de aquellas creaciones del genio excita por lo menos sus facultades y hace que aquella medianía que poseen, merced á una buena dirección, salga bien aprovechada. La memoria, por su precoz desarrollo y admirable flexibilidad, es en el niño instrumento poderosísimo para perfeccionar las otras facultades: en sus tesoros es donde depositan las bellezas de las obras clásicas una vez que han sido comprendidas y gustadas; y la repetición necesaria para aprenderlas hace

que penetren mejor y logren más cumplido efecto en el entendimiento y la fantasía, resultando indirectamente otro provecho; y es, que como la memoria, según el antiguo adagio, se acrecienta con el cultivo, mientras sirve á las demas facultades trabaja en ventaja propia. Por eso San Agustín consideraba de tanta importancia la Gramática (nombre que en su tiempo se extendía á todo el estudio de las literaturas antiguas), que en su libro *De ordine* no vacila en atribuirle una eficacia casi divina para perfeccionar las facultades intelectuales; y el sabio Cardenal Segismundo Gerdil dice hablando de este estudio: "Los primeros elementos de la Gramática son verdaderos elementos de Lógica, en que la precisión de la idea es norma de la expresión."

El estudio de las literaturas clásicas es en segundo lugar escuela de las facultades afectivas. Empezando por la sensibilidad ó facultad de mover en sí y en otros los afectos: de ninguna clase de obras son éstos más propios que de las obras literarias. Y como estos movimientos del ánimo son á la manera del fuego, que prende donde halla materia dispuesta; ó como el fluido eléctrico, que por influencia excita nueva electricidad; ó como el sonido musical, que fácilmente se produce en un cuerpo sonoro con el movimiento de otro cuerpo en vibración, así

también el corazón no gastado del niño se inflama, se electriza ó vibra al unísono con los grandes corazones de los oradores ó poetas que estudia; y dirigido convenientemente por el profesor, aprende á amar todo lo noble y bello, que es lo que conduce al bien, y á desechár los sentimientos rastreros y puestos al servicio de la maldad. De estas perfectísimas obras en que el afecto está siempre gobernado por la razón, sacará el alumno el gran provecho de acostumar su ánimo á gozar la verdadera belleza en sus fuentes más puras, y no imitar á los que con estragado gusto no se deleitan sino en medio de los espectáculos horrosos ó buscando las impresiones más fuertes, con las que embotan la sensibilidad, y de facultad racional la hacen degenerar en sensualismo desenfrenado. Mas como este estudio no se reduce puramente á despertar los afectos, sino que al mismo tiempo examina su conveniencia y los medios que el escritor ha puesto en juego para producirlos, adquirirá al propio tiempo el alumno aquella facultad que en frase de Cicerón es la que constituye el triunfo del orador, la de excitar en los demás los afectos de que él se siente animado. Contribuye asimismo á estos resultados como á los anteriores el trabajo de la memoria junto con el de la inteligente declamación de los trozos escogidos entre los más

bellos, lo cual hace que el joven se posea, como si fuesen propios, de los sentimientos y bellezas que hermocean la obra literaria. Este continuo estudio de los grandes autores produce además el buen gusto literario, que si en los primeros años no se adquiere, rarísima vez se logra en lo restante de la vida. A este propósito dice la *Civiltà Cattolica*: "Si el buen gusto literario, que es tan gran parte del fruto de los estudios juveniles, no se obtiene en los primeros años, es bastante difícil, y aún difícilísimo que se adquiera más tarde. Mas no puede adquirirse sino con un continuo estudio de muchos años sobre la belleza de los autores clásicos, acostumbrando á ellas el oído con la reiterada repetición y observación, y ejercitando acerca de ella la memoria con aprender sus más insignes pasajes, sin que mientras tanto se halle distraída en otras cosas la mente del escolar. Por lo cual, si el ingenio del joven no queda libre en su desenvolvimiento aquellos primeros años para la sola imitación de lo bello, mientras tiene toda la fuerza mental inclinada á este objeto y conserva frescas las ideas recogidas en el estudio de los clásicos, más tarde nunca podrá emprender esta tarea, ni aún con mediano provecho. El joven vive de imitación: en su tierna edad principalmente, y atraído de su cándido natural, sigue la belleza, aprehende sus formas, se las

imprime en el ánimo y las convierte como en propia sustancia; pero á condición de que se mantenga constantemente en la contemplación de lo bello, y no sea desviado de allí con otras demasiadas y sobrado diversas consideraciones. Así, del defecto de un método racional de estudios proviene el defecto de buen gusto reconocido como universal; y quitado el buen gusto, nunca tendremos ni cultivadores de las buenas letras, ni poetas, ni oradores, ni prosadores de algún mérito. „¹

Si a las mencionadas condiciones que la obra literaria ofrece de suyo, se agrega la enseñanza oral dada por un profesor como el antiguo método lo requiere, que toma el cargo de educar, no como negocio para lucrar dinero, sino como ministerio sagrado para cultivar las facultades del alumno y dirigirlo hacia Dios; se perfeccionará también con este estudio la parte moral de educando, porque no dejará nunca el maestro de aprovechar las mil ocasiones que en el estudio del orador ó del poeta se le presenten para despertar los afectos nobles del corazón, ora suaves y tiernos, ora vehementes y generosos, á semejanza de los que en el escritor se descubren, confirmando en el niño por este medio las enseñanzas de la virtud cristiana. El mismo

¹ *La Civiltà Cattolica*, ser. XII, vol. II.

trabajo que suele acompañar el estudio de las literaturas clásicas, es para él un fructuoso ejercicio, que le acostumbra ya desde sus tiernos años á aplicar seriamente su ánimo, á vencer las dificultades y soportar la fatiga, aunque sea haciéndose alguna violencia; costumbre que producirá muy saludables efectos cuando el joven más adelante haya de combatir para refrenar sus pasiones y dominarse á sí mismo, que debe ser uno de los más preciosos frutos de la buena educación.

Es verdad que este modo de proceder se halla en disonancia con las modernas aspiraciones y prácticas de la enseñanza, que todas se encaminan á facilitar el trabajo del niño, inventando mil métodos con los cuales se aprendan todas las cosas sin fatiga; de suerte, que toda la dicha de la enseñanza actual se cifra en que el niño aprenda mucho en poco tiempo y con poco trabajo; y por todas partes están brotando los pedagogos que presumen haber encontrado esta piedra filosofal. De aquí proviene el desdeñar el ejercicio de la memoria, como práctica añeja de maestros atrasados, y esforzarse en que el niño desde los primeros años estudie todas las cosas puramente de concepto. Para lo cual aducen por motivo que es indigno hacerle aprender las cosas de memoria; pero la verdadera razón es, que el alumno encuentra